

AUGUSTO CASTRO

LA FILOSOFÍA ENTRE NOSOTROS

Cinco siglos de filosofía en el Perú



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**

CAPÍTULO 3

La influencia del positivismo

En este tercer capítulo vamos a reflexionar sobre el positivismo en el Perú. El positivismo fue una orientación que influenció el pensamiento filosófico de Europa y también de América Latina. Más que una doctrina, expresa un sentido común y el espíritu de una época. Los más influyente pensadores, tanto en la tradición continental como en la inglesa, fueron Augusto Comte y Herbert Spencer, respectivamente. La influencia positivista se dejó sentir con fuerza en América Latina y podemos decir que buena parte de la segunda mitad del siglo XIX estuvo nítidamente influenciada por esta orientación filosófica.

Todo el sentido de la reflexión de Comte y de Spencer se presenta como un esfuerzo de la razón positiva en contra de la razón especulativa de los siglos anteriores. Para los positivistas, a diferencia de la filosofía en otros momentos, el esfuerzo por racionalizar se considera un saber práctico. La razón de esto es muy simple ya que se busca salir del debate donde la filosofía se entiende solo como una razón especulativa, lejana al interés práctico. La filosofía, para estos pensadores, debe situarse de lleno en el corazón de los problemas de la «humanidad» y por ello debe colocar el eje de las preocupaciones del pensamiento en la razón práctica y en la moral.

En el caso de Augusto Comte, la ciencia, en sentido estricto, es la verdadera filosofía. Por ello, no debe llamarnos la atención que este nos la presente como una propuesta integral para el conocimiento de la realidad. No se trata de inquirir qué es la realidad; se trata, más bien, de apreciar cómo es y cómo se desenvuelve para transformarla. No es, según él, el momento de pensar en el «ente» o en aquello que está más allá de las cosas. Se trata de partir de las mismas cosas, de los mismos hechos.

Para Augusto Comte, la ciencia es un *estado* del espíritu humano. El conocimiento de la realidad es un imperativo que viene de la vida social y del nuevo *estado* del espíritu humano. Debemos señalar desde el principio que lo social juega un papel importante en su obra. Lo social es lo único real, y se distancia así del pensamiento rousseauniano para el cual el individuo era lo real.

En esta concepción el papel de la razón es simplemente organizar la experiencia —de hechos positivos— en vista al orden y al progreso. El saber racional positivo tiene pues, en Comte, un objeto propio: la especialización en la generalidad. Pero no es la generalidad de los «dioses», de los «entes» o del «objeto», sino la que parte de los «hechos».

El saber positivo puede permitir así un conocimiento cabal de la estructura del mundo y del universo. En este punto, Augusto Comte desarrolla todo un sistema de categorías y criterios en los que se basa la nueva ciencia. El nuevo terreno del conocimiento se basa en la idea de que todo tiene una estructura matemática. La primera afirmación consecuente con ello es, pues, que todo el universo tiene una estructura matemática. Luego, reconoce la existencia de un orden celeste y otro terrestre. En el orden celeste está el conocimiento de la astronomía. La astronomía aparece como una matemática en marcha por su orden y perfección. En el orden terrestre están lo orgánico y lo inorgánico. En lo inorgánico están la física y la química. Y en el orden orgánico, la fisiología: la de los hechos biológicos y la de los humanos, la sociología. El universo tiene categorías surgidas de la constatación de los hechos

tanto en lo matemático como en los otros saberes. Estas categorías son expresión de «hechos» y constituyen la totalidad de la realidad. El estudio de todos es el objeto de la ciencia, en tanto es el estudio de los hechos fenoménicos. Augusto Comte se dedicará a culminar este gran edificio del saber científico, en el que queda por desarrollar, según él, solo la sociología.

Así, las técnicas, como saber práctico, adquieren un nuevo estatus en el sistema positivista: pasan a transformarse en «industrias». La industria está vinculada a la idea de «prever para proveer», como señala Comte. Es así entonces que la propuesta del positivismo acaba necesariamente en un planteamiento práctico y social: la solidaridad. El interés del positivismo se ubica ligado al desarrollo industrial y económico de la sociedad. El impulso industrial llevó a que el positivismo se asentara en una mirada determinista de la ciencia. Además, el positivismo creyó que se basaba en los hechos, en los datos empíricos, para construir el edificio de la ciencia y de la filosofía. En la mayoría de los casos solo expresó la proyección de una estructura prefabricada por el pensamiento sobre la realidad. Esta forma de pensar transformó el pensamiento científico al sostener que la industria y el progreso se impondrían inexorablemente.¹

En el caso de Herbert Spencer habría que empezar señalando que el pensamiento utilitarista, como el caso de Thomas Hobbes, ha estado vinculado al poder, o al interés por la felicidad personal o social, como en Helvecio, Bentham o Stuart Mill. Pero un tipo de utilitarismo se ha construido a partir de las ciencias naturales y de las teorías evolucionistas. En este horizonte conviene situar el pensamiento de Herbert Spencer, quien intentó superar el marco de la «selección natural» dado por Charles Darwin y su reducción al campo exclusivo de la biología.

¹ Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: Nacimiento, Apogeo y Decadencia*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984. También Martínez de Codes, Rosa María, *El pensamiento argentino (1853-1910). Una aplicación histórica del método generacional*, Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1986.

La vida cósmica e incluso la vida humana están regidas para Spencer por leyes. Ello constituye para él una necesidad. Eso lo hace pensar de manera diferente de Stuart Mill y lo acerca a Augusto Comte. No es el individuo que determina el curso de los acontecimientos. Es todo lo contrario: el individuo está determinado por los acontecimientos.

Al aceptar la tesis de la evolución, Spencer reconoce que existe una fuerza, una tendencia ineluctable de las cosas hacia su fin en el proceso evolutivo. Esta premisa es el fundamento de la ciencia positiva y también de la moral positiva. Pero, en esta propuesta, ¿cómo queda el individuo? Spencer reconoce que, dentro del imperio de la necesidad y del determinismo, la situación del individuo y su libertad no existen. La solución al problema la encuentra en el principio de individuación que la propia evolución social ha generado. Dice que lo que entendemos por ley moral, es decir, la ley de la libertad en la igualdad, es la ley en la que la individuación ha llegado a su perfección. Esto quiere decir que es la propia tendencia de la evolución la que genera la ley moral. No puede haber duda: la tendencia evolutiva lleva siempre a una individuación perfecta.

En esta visión del filósofo inglés se puede reconocer una impresionante tendencia a que el progreso de todas maneras se instalará entre los hombres y perfeccionará su vida política y moral. Ese determinismo, de base biológica, expresa una extraordinaria confianza en las ciencias naturales, en el sentido de la marcha del universo y de la naturaleza. Nuestros sentimientos, mitad egoístas y mitad altruistas, muestran que todavía estamos a medio camino de la etapa industrial. Nos parece claro que la vida moderna e industrial se transforma en el horizonte de la moral evolucionista y utilitarista. En esta comprensión, el sistema de Herbert Spencer es tan positivista como el de Augusto Comte.

El positivismo en América Latina a fines del siglo XIX tomó un cariz propio y se articuló a los esfuerzos por sacar adelante a las naciones recién constituidas. Si el positivismo, como hemos señalado, significaba un saber práctico y alentaba el desarrollo de la industria, aparecía

entonces como una filosofía concreta que rápidamente podía mostrar sus beneficios. En términos precisos, la filosofía positivista en América Latina fue la manera de pensar, la mentalidad y el espíritu de un sector que buscaba la modernización de los países con el fortalecimiento de la industria.

Este pensamiento, sin embargo, se tornó voluntarista en la mayoría de las sociedades latinoamericanas porque impulsar el desarrollo de la industria implicaba ciertamente muchos desafíos; en particular, la existencia de una clase social que dirigiera ese proyecto. En América Latina, donde no se había desarrollado una revolución industrial y su economía estaba atada a la producción para la exportación de carnes, granos y/o minerales, era obvio que la clase dirigente era la comercial, pero no la industrial. El gran comercio fue el enemigo de una industria que exigía mercado interno, buenos precios y democracia. De tal manera que en América Latina el positivismo fue defendido por un puñado de intelectuales, quienes al querer el progreso y el bienestar de sus pueblos, lamentablemente los confundieron con los intereses de los grandes comerciantes intermediarios. Así, la filosofía positivista latinoamericana tendría sus características y sus propios argumentos. De tal manera que el llamado positivismo latinoamericano no tuvo las características que se desarrollaron en las sociedades industrializadas. La realidad latinoamericana en la que no se había desarrollado la industria impidió que los sueños de un estado positivo de la ciencia y de la civilización se desarrollen. El sueño de progreso del Perú se esfumaría de la misma manera que este positivismo.

En este capítulo presentaremos el positivismo peruano recogiendo la obra de algunos pensadores peruanos que se sitúan entre mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX. Algunos, con cierta razón, podrían pensar que estos pensadores no son positivistas del todo. Quizá no les falte razón, pero estamos tomando al positivismo como un movimiento que tiene entre sus premisas centralmente la idea de progreso y el reconocimiento de la ciencia. En realidad, conviene hacer un

comentario preliminar. Así como la ilustración peruana estuvo influenciada de una visión religiosa y, en especial, católica del mundo, así el positivismo peruano estuvo impregnado de las ideas de algunos autores que no habían dejado su lado religioso y cristiano. Es más, podríamos decir que su acercamiento al positivismo no los llevó nunca a una ruptura con su tradición religiosa. Vemos, al contrario, que integran la ciencia a su comprensión del mundo. En muchos convive la ciencia moderna con la fe cristiana. Desde ella recogen elementos de la cultura del progreso que emana del positivismo y rechazan los puntos de este que afectan su visión religiosa y ética de la vida. Así, el positivismo peruano, por lo que conocemos de algunos autores y filósofos como Sebastián Lorente y Jorge Polar, pierde su radicalismo antirreligioso y se afirma simplemente como un llamado al progreso material, científico y económico de los pueblos.

Entre los autores que vamos a presentar se encuentran Sebastián Lorente, Manuel González Prada, Mariano H. Cornejo y Jorge Polar. Sebastián Lorente es el más antiguo y expresa un positivismo inicial que quiere el bienestar y el progreso del país. Lorente es un liberal y un educador que no polariza entre el interés del progreso y la tradición católica. El progreso en él no es opuesto a la religión. González Prada, décadas después, representará un positivismo más agudo y con una perspectiva abierta a las nuevas corrientes estéticas e idealistas. En él sí apreciamos una tendencia que opone la tradición católica con el interés de la ciencia moderna. Con Mariano H. Cornejo nos encontramos con un pensar aun más definido sobre este tema. Cornejo está en otro horizonte y es un pensador interesado en conocer «científicamente» la sociedad. Su reflexión sobre la sociología, como un saber científico, es a la vez que impresionante bastante elocuente. Cornejo se mueve, como pez en el agua, entre las últimas teorías científicas de la sociedad. Recoge el pensamiento de Comte y de Spencer, pero sin dejarlos de criticar se nutre de ellos. El sello de su orientación es nítidamente positivista. Con Jorge Polar, autor redescubierto por Pablo Quintanilla,

estudiaremos la tensión que se establece entre su reflexión científica del mundo y su fe cristiana. Pero lo más profundo de Polar se encuentra en su preocupación constante por la belleza. Esta mirada estética, que es inicialmente positivista y luego abierta al idealismo —primero francés y bergsoniano, y luego, pragmatista—, constituye, a juicio nuestro, la afirmación de que Jorge Polar está —al final de su vida— en bando de los cultores del idealismo espiritualista.

Probablemente, Sebastián Lorente, por los años en que vive, representa una etapa donde la idea del progreso era tan necesaria como germinal en el Perú y se asume sin contradicciones. Para González Prada se trata más de remover los fardos del pasado, y para eso hay que desechar la vieja manera de pensar y adscribirse al nuevo espíritu científico del siglo. Conviene comprender que su pensamiento está en un momento de tragedia nacional frente a la guerra con Chile. Cornejo escribe, en 1908, su *Sociología General* y se aprecia en su obra una nueva y madura orientación filosófica y científica de clara raigambre positivista. Con Polar asistimos a la decadencia del positivismo y al surgimiento de la corriente espiritualista. No nos llama la atención la cercanía que Polar tiene con Deustua, tanto en la preocupación por la belleza como por la ruptura con el positivismo y la asunción del espiritualismo, e incluso, con Pedro Zulen en la simpatía común por la tradición anglosajona.

Como apreciaremos en las siguientes páginas, esta manera de pensar está interesada en un conocimiento «real» del mundo que supere la escolástica y la especulación. Probablemente Sebastián Lorente pensaba que con un mejor conocimiento de la realidad el país se desarrollaría mejor. Manuel González Prada le echará la culpa de la derrota en la guerra con Chile a la ignorancia de la clase dirigente. No es ajeno a ellos ni Cornejo ni Polar. Todos piensan que el concurso de la ciencia puede mejorar significativamente la condición social y política del Perú.

Su pensamiento filosófico, así como el educativo, estuvo bastante lejos de un positivismo extremo. Como dijimos al inicio, el positivismo es absorbido en la medida necesaria y rechazado en todo aquello que vulnera el sentido de la tradición y de la filosofía clásica, como es el caso de la metafísica. Nos queda clara, por ello, la idea de que en Sebastián Lorente no es incompatible el pensar científico y el progreso con la metafísica. La crítica de él a la metafísica está expresada cuando esta se queda en la especulación estéril, pero si logra apoyar con razones de fondo el conocimiento de la realidad, Sebastián Lorente no la ve contrapuesta con la ciencia o el progreso. Estamos ante un pensar que transita en las ideas del positivismo sin dejarse arrastrar por lo que él llama un positivismo extremo. Tiene un parentesco con Jorge Polar, pero cosa distinta será el positivismo de Manuel González Prada y el de Mariano H. Cornejo.

2. LA CRÍTICA AL ESTADO Y LA DEFENSA DE LA CIENCIA Y DEL INDIVIDUO MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Hemos colocado a Manuel González Prada en este capítulo que intenta presentar el positivismo en el Perú. Existen muchos escritos sobre su obra y no pretenderemos añadir nada nuevo a lo ya dicho por otros. Simplemente intentaremos una reflexión sobre su pensamiento. Nuestra idea es que el positivismo está presente en su pensamiento, pero adquiere en él características bastante peculiares. Para estudiarlo hemos pensado que sería útil, primero, ubicarlo en su contexto social y político; luego, en un segundo momento, reflexionar sobre su idea de ciencia, para pasar finalmente a tratar los temas políticos y morales de su pensamiento.

2.1 La realidad social y política del Perú

El balance que tiene González Prada de la realidad histórica y social es pesimista. La evaluación de la Independencia nacional fue negativa a sus ojos. González Prada, en conocido texto de Páginas Libres, escribe:

En la orjía de la época independiente, vuestros antepasados bebiéron el vino generoso i dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho a escribir el bochornoso epitafio de una jeneración que se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta y con la mutilación del territorio nacional.¹⁷

La crítica es durísima y cuestiona las bases de la propuesta política de los primeros años de la Independencia. Las secuelas de una sociedad que no había conquistado la libertad ni la igualdad y que no era democrática se convirtieron en un pesado lastre para enfrentar los desafíos que imponía la propia dinámica moderna. La guerra con Chile ha sido vista siempre como una gran radiografía de la división de la sociedad de la época y de la debilidad de su Estado nacional.

Según González Prada, «la ignorancia y el espíritu de servidumbre» determinaron la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico. Para él, no fueron las armas del ejército chileno las que derrotaron al Perú, sino la propia situación interna del país. Si Manuel González Prada señala que una de las razones fue «nuestra ignorancia» es lógico pensar que la tarea consistirá en superarla y, para ello, la ciencia juega un papel determinante.

La vida y el pensamiento de Manuel González Prada expresaron no solo un discurso, sino una práctica moral y estética que influenciaría de manera profunda a hombres como Abraham Valdelomar, Víctor Raúl Haya de la Torre y a José Carlos Mariátegui. Cual gran escultor de la nación, sin ningún tapujo, cinceló debilidades e intentó pulir

¹⁷ González Prada, Manuel, «Discurso del Politeama de Páginas Libres». En *Manuel González Prada, Obras*, Lima: Ediciones Copé, 1985, página 87.

imperfecciones; fue, además, quien denunció permanentemente la fragilidad del proyecto político peruano y quien señaló que lo único que dejaron los ilustrados de la generación anterior fue la inmoralidad y la corrupción.

El peso moral de la obra de Manuel González Prada todavía se recuerda. La época en que vive comulgaba con los ideales de progreso y obviamente entraba en contradicción con una sociedad que no lo había conquistado. En el Perú, los pocos positivistas reclamaron y se sumaron a la exigencia de progreso frente al incipiente desarrollo industrial y democrático que mostraba el país.

2.2 La importancia de la ciencia

Ya desde sus años juveniles Manuel González Prada tiene una orientación positivista, según lo refiere Luis Alberto Sánchez. Este soneto escrito entre 1870 y 1880 lo puede expresar con toda claridad.

Eres el Dios del Porvenir, oh Ciencia:
 Cuando vuelen rasgadas en jirones
 Las Biblias de las falsas religiones,
 Tú brillarás intacta en la eminencia.

Tú el hambre ahuyentarás y la indigencia,
 Tú enlazarás naciones a naciones,
 Y a siglo de placer y de ilusiones
 Dilatarás acaso la existencia.

Tú penetrando en el sepulcro yerto,
 Del fondo de la negra podredumbre
 Harás, acaso, renacer al muerto;

Y al ser la Tierra habitación colmada,
 Transportarás la densa muchedumbre
 A la infinita bóveda estrellada.¹⁸

¹⁸ González Prada, op. cit., Tomo III, Vol. 7, página 212.

Como podemos apreciar, las expectativas puestas sobre la ciencia son enormes. Después de la guerra, González Prada hablará de «ciencia positiva» como la alternativa del siglo y de los nuevos tiempos. Reconoce que la vieja ciencia es «polvo» y no significa nada. La nueva ciencia, en poco tiempo, ha mejorado la vida de la gente y eso es lo que le parece importante.

Si la ignorancia de los gobernantes i la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos a la ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la naturaleza, adoremos la libertad, esa madre enjendradora de hombres fuertes. No hablo, señores, de la ciencia momificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universidades retrogradadas: hablo de la Ciencia robustecida con sangre del siglo, de la ciencia con ideas de radio jigantesco, de la ciencia que trasciende a juventud i sabe a miel de panales griegos, de la Ciencia positiva que en un solo siglo de aplicaciones produjo más bienes a la humanidad que milenios enteros de Teología i Metafísica.¹⁹

Esta perspectiva puede entenderse, a la manera de Comte, en los pasos sucesivos e históricos del conocimiento humano. Pero no es solamente el paso del estado de la filosofía al estado de la ciencia; nos parece que la reflexión de Manuel González Prada apunta a otra perspectiva. Nos referimos a un conocimiento práctico que mejore la vida de las personas en el Perú. ¿Qué sentido tiene la ciencia si no se la aplica? La discusión no es teórica, es práctica; y eso es lo que lo acerca a las posturas de la ciencia positivista.

El que reconozca el papel de la ciencia como decisivo no indica que González Prada considere el camino de la religión de la misma manera que el camino de la ciencia. Ciencia y religión son cosas diferentes. La forma de asumir la ciencia no es la manera de asumir la fe. La ciencia es inductiva, en tanto que la religión es deductiva: «la Ciencia observa los fenómenos y estudia sus dependencias y conexiones para inducir la

¹⁹ González Prada, op. cit., Tomo I, 89.

ley, la religión establece una ley a priori y en seguida quiere someter a ella los fenómenos».²⁰

El tema, nos parece, está en comprender que gracias al conocimiento científico la nación puede resolver sus problemas. Se supera la ignorancia y se pasa a una nueva condición social y política. La educación está íntimamente vinculada al ejercicio de la investigación científica. La ciencia no puede ofrecer un conjunto de verdades eternas o absolutas, pero sí puede mostrar la provisionalidad de las hipótesis científicas. El proceso de conocimiento es lo importante. «La ciencia absoluta, la Ciencia en sí, vale nada o poco, y los mismos sabios la miran como un cúmulo de verdades provisionales, no como un edificio inamovible y definitivo [...]».²¹

No estamos alejados de su manera de pensar si afirmamos que su postura rechaza el pensar escolástico y se adhiere al conocimiento científico, que se basa en la observación y en el experimento. González Prada considera que esa es la manera adecuada de enfrentar los problemas. No estamos tan seguros si Manuel González Prada hace una distinción más fina en el tema de la ciencia. Lo que pensamos es que en su balance de las ideas del país, todo aquello que nos lleve a superar las viejas trabas escolásticas, será bienvenido. En realidad, más que la afirmación del positivismo y la ciencia, que de hecho se remarca, es el rechazo a la manera de pensar tradicional heredera del colonialismo.

2.3 *Corazones de mosquito y cerebros de avestruz* Arte, política y filosofía

Debemos recordar que González Prada es un artista y un político. Durante su vida combina ambos terrenos. Se puede decir, a raíz de su obra publicada, que el peso de la poesía y el del material social y político están balanceados. Sin embargo, sus ideas más filosóficas y su visión del mundo y de las cosas han sido mucho menos trabajadas. En realidad, lo

²⁰ Ídem, Volumen 1, 325.

²¹ Ídem, Volumen 1, 325.

hemos visto como un crítico severo de nuestros defectos más que como un pensador de la nación. No obstante, esta perspectiva cambiará en la medida en que su figura pueda ser mirada con menos apasionamiento y con más objetividad.

En política, Manuel González Prada se define como anarquista. Para él, el individuo es el fundamento de las cosas. Esta es la razón por la que no cree en que el Estado tenga un papel. Solo reconoce como «real» al individuo. Su planteamiento anarquista debe ser visto desde esta perspectiva: el reconocimiento de que el absoluto es el individuo. Por lo tanto, el Estado es una falacia, una farsa y no tiene ningún sentido para el individuo. Es bastante evidente que González Prada está criticando al Estado concreto y real que le ha tocado vivir, el cual se encuentra destruido a causa de su propia inoperancia. Desde el punto de vista general, entonces, su anarquismo se afianza en el papel de los derechos individuales y, desde el punto de vista práctico, repudia el papel del Estado.

Manuel González Prada muestra que la vida en el Perú es muy dura y difícil. Su mirada del Perú es grave. Algunos versos posteriores a 1898 y anteriores a 1908 nos lo pueden mostrar:

¡Qué mezquindad! ¡qué desdicha!
Solo encierras, ¡Oh Perú!
Corazones de mosquito
Y cerebros de avestruz

¿Quién nos redime y nos salva?
Una ciega multitud,
Entre Cartouche y Licurgo
Escoge siempre a Cartouche;

Y una clase dirigente,
Sin grandeza ni virtud,
Infunde al odio y la náusea,
Pide azote y la cruz.²²

²² Ídem, Tomo III, Vol 7, página 244.

El Estado en el Perú, en resumidas cuentas, no permite que las personas se realicen como tales porque no apoya, sino que conculca sus derechos. Esta posición anarquista lo aleja bastante de un positivismo académico, como diría Augusto Salazar Bondy.²³

Pensamos que lo que hace que su pensamiento se exprese de esta manera es que nuestro autor siente las cosas como artista, como poeta. Para él, la belleza es perfección. Aprecia una terrible incongruencia y desarmonía entre el modelo de la vida política y la realidad social que tiene delante de sus ojos. Por ello no es nada raro que hayamos dicho que Manuel González Prada intentó modelar y moldear la realidad que sentía y que percibía en función de un ideal. En este sentido, su visión política fue la de un gran constructor que tiene un modelo de lo que debería ser la sociedad. Esto lo decimos porque fue el hombre que a través de su poesía lanzó trazos, líneas, imágenes y gráficos que expresaron un nuevo proyecto político para el país.

2.4 Positivismo, anarquismo y sensibilidad estética en González Prada

Tanto Augusto Salazar Bondy como David Sobrevilla²⁴ manifiestan una posición a favor del positivismo en González Prada. Así mismo, Luis Alberto Sánchez habla de un positivismo muy radical antes de la guerra con Chile. Desde el estudio de sus obras podemos afirmar que hay, sin lugar a dudas, una influencia del positivismo muy fuerte. Nuestro propio balance lo ha incluido en esta parte, que reflexiona sobre el positivismo. Sin embargo, afirmar que es positivista a secas no ayuda mucho cuando los límites del positivismo pueden extenderse hasta el infinito y desdibujarse en una época en que el sentido común era extraordinariamente afín al progreso.

²³ Salazar Bondy, Augusto. *Historia de las Ideas del Perú Contemporáneo*. Lima: Moncloa, Tomo II, página 10 y ss.

²⁴ Cfr. Salazar Bondy, Augusto. *Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo*, Lima, Francisco Moncloa, 1965, tomo I, página 3. También Sobrevilla, David, *La filosofía contemporánea en el Perú*, Lima, Carlos Matta editor, 1996, página 86.

Lo más probable es que las ideas de Manuel González Prada contengan elementos de su época y, entre ellos, las del positivismo. Pero no puede entenderse como un positivista en todo el sentido del término. Su posición política anarquista lo aleja de una mirada de «orden y progreso» y su cerrada defensa de los indios y los derechos individuales lo aleja de una defensa de la clase industrial, por así decirlo, así como de lo «social». Por eso, conviene no decir que es un positivista a secas porque eso restringe su pensamiento, lo que tampoco quiere decir que fuera ajeno o adversario del movimiento positivista. En realidad, lo que cuenta no es saber si era positivista o no, sino conocer la profundidad de su pensamiento y desde ahí, advertir que tanto influyó en él, el pensamiento positivista de la época.

Tanto Manuel González Prada como Sebastián Lorente se encuentran en una perspectiva diferente. Ambos tienen un sentido reverencial frente a la ciencia y son partidarios del progreso y de que este se conquista con la educación. Sin embargo, ambos tienen un respeto por la interioridad de la persona y sus derechos. Lorente se sentía católico y hombre religioso. González Prada no es religioso y es hasta anti-religioso, pero mantiene una sensibilidad y una pasión por la estética y por la poesía, que nos impide considerarlo como un dogmático científico.

El positivismo en el siglo XIX y en el Perú no es como el de Comte o el de Spencer, pero transita muchos de los temas que son comunes a ellos. Sin embargo, la adaptación del positivismo en la intelectualidad peruana sería muy lento y, en realidad, no logró expresarse de manera consistente como sí lo hizo en otros lugares del continente como México, Brasil o Argentina. El positivismo en el Perú fue proporcional a su desarrollo industrial y democrático. No obstante, el positivismo fue asumido por importantes intelectuales peruanos. Las líneas que siguen en este capítulo presentarán las ideas de Mariano H. Cornejo, probablemente el más destacado positivista del Perú, para finalmente concluir con las reflexiones de Jorge Polar.